

# Decisiones

*Ana Olivares*

Edición a cargo de Tania Jasso Blancas

Primera edición, 2019

ISBN 978 179 4568 00 6

D.R. @Ana Olivares

@Voces Indelebles Editorial

Cuernavaca, Morelos, México, 2019

# Índice

<i>Erik</i> .....	5
<i>Lupita</i> .....	38
<i>Rocío</i> .....	52
<i>Toroloco</i> .....	67
<i>Cruzando la calle.</i> .....	76
<i>Diana</i> .....	95
<i>Alberto</i> .....	102



# Erik

---

## UNO

Se miraba la puntas de los tenis. Eran el centro de su vida en este momento. Todo lo demás era una pesadilla. Todo. Solo las puntas blancas, semilunas que le guardaban los dedos de los pies, la única parte de su cuerpo que no le dolía.

En este momento solo quería huir de los médicos, enfermeras, abogados, policías cuyas voces demandaban una y otra vez que les contara cosas que ya sabían sobre el accidente. Lo que no le preguntaban era todo lo demás, aquella pesadilla que es su vida.

Teniendo solo doce años, Erik había vivido cosas incomprensibles, muchas de ellas secretas, indecibles, pues también eran vergonzosas – o ilegales. Siempre enojado, irritable, pleitero, tenía entre sus planes hacerse de un arma aunque fuera pequeña, para así ir ascendiendo en la línea de mando porque no quería recibir órdenes de cualquiera: Erik quería mandar. En menos de un año tendría trece y con su estatura, podría

pasar por mayor; se agregaría un tatuaje en el brazo, le darían un auto para recoger los cobros. Este horrible accidente lo atrapó ¡con la policía! Lo que precisamente andaba evitando cada día, haciéndose discretamente invisible en la calle. Pero aquí, en medio de tantas autoridades, estaba en riesgo de decir cosas que no debe, a quienes no debe. Decide pues permanecer en silencio pues todo había sido tan público, veloz y violento que no había nada más que agregar. Cuando trajeran a sus papás a declarar ellos tendrían que hablar por él, pues él era el menor, la víctima. En este momento quería estar solo, en silencio, para salir de esa especie de raro estupor que por una parte le hacía ver con mucha claridad lo ocurrido, pero al mismo tiempo, le confundía los tiempos ¿Qué día es hoy?, la gravedad ¿de verdad murieron seis de sus amigos?, las consecuencias ¿Qué va a pasar conmigo? Preguntas, preguntas, muchas preguntas.

Entre dos guardas, las puntas de sus tenis lo llevaban por pasillos de cemento pintado. Gris con manchas azules. Paredes sucias, aire que olía a rancio. Al abrir la puerta verdosa, la penumbra dio paso a la luz del galerón donde las patas metálicas de las literas le dijeron que había muchas camas y por tanto, muchos como él. Le dieron un empujón leve para que se sentara en “su” litera donde lo

recibió un colchón plano, rayado, con manchas, las ¿sábanas? dobladas a un lado con la almohada percutida a su izquierda. Se sentó. Los guardas se fueron.

Silencio, sin voces ni teclados aporreados; sin rumores de pasos, puertas abriéndose y cerrándose; sin miradas que perforan. Nada. Así que se animó a levantar la cabeza y mirar alrededor. Contó siete literas de cada lado, 28 camas ¿28 como él? pero ahora no hay nadie. ¿Qué hora es? No sabe, pero hay luz intensa entrando por el muro de vitrobloc del fondo y tal vez sea hora de comer porque tiene hambre ya que su estómago de 12 años le cruje. Pero no se atreverá a decir esta boca es mía; hoy siente que ha quedado atrapado en plástico transparente, como esos bichos raros que le mostraron en algún museo, incluidos en algo duro ¿Resina? Así se siente hoy, inmovilizado. Observado. Lo llevan a donde quieren, quien quiere. Los bichos no hablan.

Él ya no es. Solo está.

Baja de nuevo la cara y busca su centro. Las puntas de los tenis. Dos lunas ¿crecientes, menguantes? Así le enseñó el profe de ciencias hace muchos años. No, meses. No, días. Estaba en clase y le gustó mucho mirar en su libro de ciencias de - oh ¡que emoción! – primero de secu, los dibujos del sistema solar, esas canicas de

colores, unas grandes, otras chicas, que daban vueltas unas alrededor de otras y en esa azul, señalada con una flecha y un renglón vacío (escribe aquí el nombre de este planeta) viven muchos miles de millones de personas, y hoy ya no viven en ese planeta azul seis personas. ¿Cuándo y cómo empezó esto? Fueron su tío, ese bravucón y su papá presumido como siempre, quienes estando ya medio embriagados el sábado, comenzaron todo con la apuesta, mil pesos. A quien ganara.

- Erik ya sabe manejar
- ¿Manejar? –estalló en su burlona carcajada el tío Miguel- ¡pos solo que triciclo!
- ¡Claro que no! ¡Ya maneja el Jetta! ¡yo le enseñé! Lo hace muy bien además. Es muy chingón como su padre.
- Pues que lo demuestre, brother. Yo no te creo nada. A ver Erik, dice tu papá que ya manejas ¿es cierto?
- ¡Pues claro que ya sé manejar! Ni que fuera la gran cosa, además de que ya alcanzo muy bien los pedales, ¡soy alto!
- A ver brother, ustedes dos están de acuerdo ¿no? Pero te apuesto que en el primer semáforo se asusta.

- ¡Cómo crees! Erik, toma las llaves, vayan a darle una vuelta a la manzana.
- ¡Una vuelta a la manzana! ¡qué te pasa! Que vaya por el segundo piso. Es más, que me lleve a mi casa.
- No'mbre. Lo que quieres es ahorrarte el taxi o ¡las dos horas que se hacen a tu casa! ¡Abusivo como siempre!

Erik se dio cuenta de que empezaban a pelear tal y como hacían cada que se emborrachaban juntos.

- Si puedo papá, vamos todos y ya verás.
- De acuerdo mi'jo pero esto no es de gratis. Miguel, te apuesto mil pesos a que Erik la hace.
- ¡Va! Mil pesos. ¡Ahorita!
- ¡Juana! Ven, serás el banco. Aquí mis mil. ¿Dónde los tuyos brother?

Dos horas más tarde, Erik se desploma en su cama. Está sudando. Tiembla sin parar. Pudo fingir todo el trayecto de ida y vuelta. Y la hizo. Ida y vuelta. Soportando el lenguaje provocador y peleonero de los viejos, mientras trataba de concentrarse: autos, semáforos, indicaciones de tránsito, camiones, bicicletas. Peatones. Salidas del segundo piso; entradas, salte aquí, no mejor allá. Pero la hizo. Después de todo, mil pesos son mil pesos. Que solo sirvieron para

aumentar el número de botellas de ron que pasaron a comprar de regreso. Desde su pequeño cuarto escucha las desafinadas canciones que grita su papá, ebrio de alcohol y victoria. Su temblor se apacigua poco a poco y se diluye en un encanto personal: ¡La hizo! Después de esto, cualquier cosa al volante le queda chica. Eso creyó.

Hoy el único que está aquí es él. Su papá ni siquiera le ha buscado. ¿Su mamá? ¿Su tío bravucón? Nadie. Solo un abogado que parece rata con corbata, sebosa, desaliñada. Pero es todo lo que tiene para que lo trasladen de la Procu, confirmando sus doce años, ¡enviándolo al DIF! Una cárcel light. Y aquí está. Solo. Cierra los ojos y se deja caer de espaldas en el colchón, los pies colgando.

Recordar el carnaval. Pasear en las calles, comprar lo que se le antoje, como cerveza en vaso de unicel. Ruido, música de banda; puestos de feria. Tiro al blanco, sopes, churros, peluches más altos que él. Desfile con gente disfrazada de cualquier cosa: oropel, papel maché, botargas deformes, brincos, sudor, olor a sucio. A alcohol. Un par de borrachos se golpean en media calle, les hacen círculo para reírse de ellos o tomar partido y para apostar: ¡al gordo! ¡al menso!